



## El Hecho extraordinario de Giordano Bruno

**José Manuel García**

Giordano suspiró. Al amanecer crepitarían los troncos bajo sus pies. Aquel sonido, aquel calor, aquellas imágenes que tan agradables habían acontecido en otros momentos, se transformarían en dolor. ¡Qué curioso pensar ahora en momentos pasados alrededor del fuego! Y de todos, el más nítido recuerda a mi abuelo en el horno, sacando unas hogazas recién horneadas, el olor intenso del pan con el de la leña, el rostro amable de mi abuela y su voz calmosa. En el horno crepitaban con fuerza los troncos de leña de encina. Imaginaba entonces figuras que salían que aquella profundidad de colores rojos y amarillos, fantasmas en busca de claridad y frescura, almas de condenados que arderían así en el infierno o la pacífica presencia de los héroes elíseos si mi imaginación perseguía los fuegos griegos. Aquellos seres con los que imaginaba pobladas las llamas se convertirán ahora en mis compañeros. Las cosas suceden de maneras inesperadas.

(G. Bruno)

Las razones por las cuales Giordano Bruno fue quemado en la plaza pública no se escapan a nadie medianamente informado. No se trata de sevicia por parte de la Iglesia, ni de crueldad, ni siquiera de afán castigador. La cura de almas en ocasiones tiene que soportar desagradables decisiones, no solo por el bien propio que muchos son incapaces de ver, cegados como están por los ardides del demonio, que se viste con ropajes atractivos, como el de la razón, el de la ciencia, el del conocimiento... En efecto, el conocimiento, el más artero ropaje, por el que tantos hombres y, en menor medida, mujeres se han perdido.

En el paraíso ya entrevió Dios esa clave de arco de todo el sistema del deseo y pecado humanos. El conocimiento... El árbol de la ciencia del bien y del mal..., allí estaba la clave, y por eso, Yahvé, en su infinita bondad, prohibió al hombre comer de sus frutos. Él sabía. Y allí la serpiente unida a la mujer, ambas de naturaleza fría y artera, hicieron sucumbir al hombre que vivía feliz y desocupado, sin afán de conocer ni de saber más que lo patente y lo que Yahvé había puesto a su vista, hermosura y beldad por doquier... Pero una vez comida aquella fruta maldita, la sed del conocimiento entró en él y supo que estaba desnudo...sí, desnudo..., que nada había entre él y el mundo, que todo su ser no era sino una ínfima mota en el inmenso universo, pensó que podía pedir explicaciones a su creador. Quería ser igual a Dios. Este volvió a ser, en suma, el pecado de Giordano Bruno.

No se detiene ahí, sin embargo, su maldad. En los hombres notables, la exposición de sus doctrinas puede arrastrar a otros menos preparados para entender la realidad, a ingenios más pueriles o sencillos que ignoran las sutilezas de la argumentación filosófica y no llegarían nunca a la teológica, a quienes de buena fe viven sus vidas en el santo temor, aceptando con humildad y gratitud la guía de sus pastores hacia la sempiterna felicidad. Esa ignorancia no es menoscabo de sus vidas, antes bien, les sirve para librarse de las asechanzas del maligno que los sabios sufren

por su soberbia, al querer conocer aquello que Dios, en su absoluta sabiduría, excluyó del conocimiento humano y mantuvo escondido para no dañar a los hombres.

Por todo ello, Giordano Bruno no sólo fue quemado, en efecto, sino que debió ser quemado, y si volviera a vivir habría de serlo una vez más. Su soberbia y la maldad que sus pensamientos y palabras introdujeron en el mundo sólo la catarsis del fuego podía volverlas inocuas, carbonizando su ponzoña y acíbar.

(Guido de Arimini. Fraile dominico. *Intelligentiae Errorum Tractatus*.  
Traducción de Elio Berlanga)

No es que quisiera que me quemaran, no... Es que llegado un momento no pude evitarlo. Incluso intenté reconciliar mis posturas con las que aquellos que llevaban mi proceso parecían sostener, pero es que, a la postre, no sostenían ninguna. Salvo la ignorancia. Parecían querer que incluso por encima de la fe, sí, incluso por encima de ella, se sostuvieran barbaridades más allá de la razón y de la fe misma. Propiamente no defendían más que una serie de errores teñidos de doctrina pero que no eran otra cosa sino una mala lectura de la Biblia, mucha ignorancia y servilismo. Gran parte de sus argumentaciones consistían en sutilezas escolásticas, en darle vueltas a unas palabras o en retorcer un argumento. ¡Cuántas veces no tomaron una de mis frases y la torturaron hasta hacerla sostener entre gritos de agonía lo que nunca quiso decir! Y no es que entre ellos no hubiera algunos de mente dotada para entender lo que decía, incluso puedo llegar a pensar que alguno sí comprendía todo el alcance de mis proposiciones, pero por una causa o por otra, pesaba más en ellos la tradición, la costumbre o el miedo. Sí, también el miedo, que ellos tampoco podían ir más allá de lo que otros observaban. Así se teje esta maraña de temores, de denuncias, de ignorancia, de sometimiento que llaman autoridad y obediencia.

De las diversas doctrinas que he sostenido, ninguna les causaba más inquietud y les parecía más herética que la infinitud del universo. Doctrina que de una u otra manera se puede encontrar en San Agustín y en Santo Tomás. Si pudieran también los quemarían a ellos, no lo dudo. «Dios es omnipotente y perfecto y el universo es infinito; si Dios lo conoce todo entonces es capaz de pensar en todo, incluido lo que yo pienso. Debido a que Dios es perfecto y conoce todo, debe crear lo que yo pienso. Yo puedo imaginar un infinito número de mundos parecidos a la tierra, con un jardín del Edén en cada uno. En todos esos jardines la mitad de los Adanes y Evas no comerán del fruto del conocimiento y la otra mitad lo hará; de esta manera un infinito número de mundos caerá en desgracia y habrá un infinito número de crucifixiones. De aquí puede haber un único Jesús que irá de mundo en mundo o un infinito número de Jesuses. Si hay un solo Jesús, la visita a un número infinito de mundos tomará una infinita cantidad de tiempo, de este modo debe haber un infinito número de Jesucristos creados por Dios. (*Sobre el infinito universo y los mundos, diálogo I*)».

Lo expongo como una fabulación de la razón..., pero aún así no podían consentirlo. Sin embargo, la infinitud del universo me llegó como visión intelectual, no con los ojos, no, de manera inexplicable y repentina en cierta ocasión en que me hallaba en mi cuarto y alejado del interés en cuestión, intentaba escribir una poesía...jajaja, sobre unas cerezas que había visto aquella mañana prendidas del cerezo que adorna la casa de cierta dama doncella que alegra la vista de quienes pasan por su ventana.

De repente, me vi rodeado de una luz intensa, pero de una luz no de los ojos, de los que no recuerdo si veían o no, sino de una luz mental tan clara y luminosa que no me permitía ver nada con los ojos físicos, solamente quedar absorto y pendiente de lo que allí ocurría. Todo a mi alrededor se suspendió. No sabría decir si en ese momento me hallaba dentro o fuera del mundo. Tuve incluso el pensamiento consciente de si estaría siendo poseído por Dios y llevado hacia un éxtasis místico...

me recuerdo pensándolo con la extrañeza de hallarme pensando precisamente eso. Antes había experimentado algunos estados de arrobamiento inducidos por ciertos humos y por algunos hongos que me presentaron como los de los de la sibila de Cumas y la Pitia, pero no se trataba de la misma sensación ni de parecida observancia. Sabía que estaba sentado, en mi habitación, que me encontrara pensando y atento, no perdí la conciencia, en todo caso diría que se me aumentó, que me poseía una especie de ulterior clarividencia que no se detenía en las ideas concebidas, sino que esperaba ese algo casi imposible de la intuición. Entonces...ocurrió.

No lo vi, no lo sentí, no tuve impresión alguna, pero el infinito estaba allí, a mi alrededor, fuera de mí, dentro de mí, en todo punto, en ninguno. Yo era el infinito y él era yo. No había partes ni extensión, no había nada y estaba todo. No existía el vacío, pero nada sobraba ni cabía. No vi nada, porque nada había que ver, ni ningún sentido podría percibir un ápice de lo que allí ocurría, porque no había ápices, ni ángulos ni límites. Simplemente...cómo decirlo, estaba allí, infinito, conteniendo todas las cosas, conteniéndome a mí, conteniéndose a sí mismo.

Apenas duró un segundo, una brevedad tan intensa como la que había entrevisto, porque también el tiempo era allí infinito. Y se desvaneció tan rápidamente como había comenzado, y yo estaba presente, callado, quieto, en la misma posición, con la pluma en la mano y el papel donde escribía el poema encima de la mesa. Pero todo era distinto, porque había intuido la esencia misma del infinito, su íntima manera de ser. Ya no se trataba de una demostración científica del mismo o de un razonamiento que me llevara a su consideración..., no, yo había sido aprehendido por el universo. Su presencia me había llenado, sí, pero subsumiéndome en él<sup>1</sup>.

Esta experiencia, este hecho extraordinario, una vez pensada, me pareció que podía ser producto de mi imaginación tan solo. No es que eso me hiciera sospechar de su veracidad, pues, en efecto, la imaginación puede alcanzar la verdad también, pero

---

<sup>1</sup> Testimonios del hecho extraordinario:

*"No sé cuánto tiempo permanecí inmóvil y como hipnotizado ante su presencia. Sí sé que no me atrevía a moverme y que hubiera deseado que todo aquello - Él allí - durara eternamente, porque su presencia me inundaba de tal y tan íntimo gozo, que nada es comparable al deleite sobrehumano que yo sentía. Era como una suspensión de todo lo que en el cuerpo pesa. ¿Cuándo terminó la estancia de Él allí? Tampoco lo sé. Terminó. En un instante desapareció. Una milésima de segundo antes, estaba Él allí, y yo le percibía, y me sentía inundado de ese gozo sobrehumano que he dicho. Una milésima de segundo después, ya Él no estaba allí. Ya no había nadie en la habitación, ya estaba yo pesadamente gravitando sobre el suelo y sentía mis miembros y mi fuerza sosteniéndose por el esfuerzo natural de los músculos".*

*Manuel García Morente, El hecho extraordinario (fragmento)*

*"Donc j'étais tout à l'heure au jardin public. La racine du marronnier s'enfonçait dans la terre, juste au-dessous de mon banc. Je ne me rappelais plus que c'était une racine. Les mots s'étaient évanouis et, avec eux, la signification des choses, leurs modes d'emploi, les faibles repères que les hommes ont tracés à leur surface. J'étais assis, un peu voûté, la tête basse, seul en face de cette masse noire ethnoueuse, entièrement brutte et que me faisait peur. Et puis j'ai eu cette illumination. Ça m'a coupé le soufflé. Jamais, avant ces derniers jours, je n'étais pressenti ce que voulait dire "exister". Jean-Paul Sartre, La nausée.*

*Pero ¡no nos dejemos engañar! Situados ante la percepción la captamos como ¡un esto totalmente inmediato! Y como unidad de una duración, y si no añadimos nada más y solo aceptamos la posición efectuada con ese ¡esto!, si aceptamos esta percepción como esto que dura, entonces pierde su sentido toda duda [...] En todo caso la duda también supone la dación, la indudable dación de la mención que es puesta en duda. Con ello, esta percepción, este fenómeno de una dación empírica que perdura, es dada en su ser propio y en su duración y es dada absolutamente". E. Husserl, "Desconexión, dación absoluta e interés descriptivo".*

la sabemos en extremo sensible a construir realidades imaginarias a partir de datos ciertos. Pero el mismo Aquinate dice *ab aeterno...*

Y así que tuve la intuición del infinito, al momento me vino el pensamiento de Dios. Porque entre Dios y el universo infinito hay semejanzas y diferencias ciertamente. “Pero yo digo que el universo es todo él infinito, porque no tiene márgenes, términos ni superficies que lo limiten; afirmo que el universo no es totalmente infinito, porque todas las partes que podemos considerar en él son finitas y cada uno de los mundos innumerables que contiene es finito. Afirmo que Dios es todo él infinito, porque rebasa todo término y todos sus atributos son uno e infinito, y afirmo que Dios es totalmente infinito, porque el está en todo el mundo y está infinita y totalmente en cada una de sus partes, al contrario de la infinitud del universo, que está totalmente en el todo y no en las partes- si es que prefiriéndose al infinito pueden ser llamadas partes-, que podemos comprender en él”. (*Sobre el infinito universo y los mundos, diálogo I*). Dios no se identifica con el universo, por más que algunos hayan pretendido que yo afirmara tal cosa. No. Mi intuición del infinito era radicalmente distinta a mi pensamiento de Dios. Fundamentalmente porque la infinitud de Dios es distinta a la del universo.

No se trata de una mera infinitud espacial, ni siquiera temporal, sino en todos los órdenes, también en las perfecciones. Por eso, si el universo se compone de múltiples cuerpos, su infinitud también abarca infinitud de cuerpos, mientras que la de Dios se integra en un solo ser que es infinito de manera distinta a como es infinito el universo. “Yo no reclamo un espacio infinito - y la naturaleza no tiene un espacio infinito- por la dignidad de la extensión y de la masa corporal, sino por la dignidad de la naturaleza y de las especies corporales, porque de una manera incomparablemente mejor se presenta la excelencia infinita en individuos innumerables que en individuos numerables y finitos. Por eso es necesario que del inaccesible rostro divino el simulacro sea infinito y que en este, como miembros infinitos, se encuentren mundos innumerables, cuales son los otros: los miembros propios de la divinidad. Por ello, mediante innumerables grados de perfección- que expliquen por modo corporal la excelencia divina incorporeal-, deben existir individuos innumerables, cuales son estos grandes animales, -uno de ellos es la tierra, madre divina que nos ha parido y nos alimenta y, más tarde, volverá a acogernos-; así, para contener estos mundos innumerables se requiere un espacio infinito. Al igual que está bien que este mundo haya existido y pueda existir, así no está menos bien que, pudiendo existir, existan mundos innumerables similares a éste”. (*Sobre el infinito universo y los mundos, diálogo I*).

Sin embargo, parece que la idea de un “infinito infinito” resulta turbadora para mentes a las que no da ningún reparo pensar en un infinito, por ejemplo, Dios como infinito..., pero sin querer que lo sea. Parece que quisieran un Dios infinito pero que cupiera dentro de unos límites, de manera que se le pudiera manejar, al menos conceptualmente. Así, afirman su infinitud, pero lo piensan finito, quizá para evitar considerar dónde les conduciría sacar todas las consecuencias de un Dios Infinito. Y no es la menor de ellas el llegar a decir que Dios es el universo, o mejor aún, que nada hay que salga fuera de Dios, y que los múltiples e infinitos universos que podemos pensar tienen que formar parte de ese dios que se dice infinito, según entiendo, en espacio, en perfecciones, en tiempo. Incluso en movimiento, pues todos los cuerpos que observamos en el universo se mueven, bien por el esfuerzo de su voluntad, bien por el de su interior fuerza. “Siendo el universo infinito e inmóvil no es preciso que busquemos su motor; segundo, que siendo infinitos los mundos contenidos en él, así las tierras, las estrellas y otras especies de cuerpos llamados astros, todos ellos se mueven por un principio interior, que es su propia alma, como lo hemos probado en otro sitio, de ahí que sea en vano andar buscando su motor extrínseco; en tercer lugar, que estos cuerpos mundiales se mueven en la región etérea y no están más fijos ni

clavados en cuerpo alguno de lo que lo está la tierra, que es uno de esos cuerpos, por ello podemos probar de este modo que, por el interior animal ínsito, circunda el propio centro y el sol, de varias maneras" (*Sobre el infinito universo y los mundos, diálogo I*).

No quiero decir con esto que en su movimiento y energía sean autónomos, sino que su interior ánima les proporciona la energía para moverse, en tanto que esa interior ánima toma y fluye desde la gran energía que llena todo, y esa energía primaria, única, inconfundible e infinita de manera absoluta es Dios.

Sin embargo, por lo que veo, confunden o quieren confundir unas cosas con otras y afirman que yo niego a Dios para afirmar el universo, o que le quito alguno de sus atributos al ser divino. Con ello, transforman mis pensamientos en pura vanidad y sin sentido. ¡Cómo hacerles entender la sustancia del hecho extraordinario...! Algo les concedo..., que hay más formas de pensar a Dios que la única en que ellos son capaces.

Pero, con todo, también estoy seguro de que mi muerte será un escalón más en la lucha por el conocimiento y por desentrañar los enigmas del universo, de la lucha contra la ignorancia teñida de autoridad y religión. Quizá sea inútil en tanto que muerte de un individuo, pero no en esta urdimbre de que se compone el universo, en esta relación íntima de unas cosas con otras, y, menos aún, en el decurso de la historia humana, en la que la concatenación de causas y efectos tan variada y múltiple no permite predecir con necesidad la meta a donde conducen nuestros actos, ni siquiera los de ellos. Mi nombre perdurará en los siglos, los de aquellos que me quemaron se dispersarán como cenizas en el viento, el del traidor llevará siempre el baldón consigo. Ellos tienen más miedo de decirme sentencia que yo de recibirla. Pero yo, ahora, muero.

(Giordano Bruno)

A las ideas que sostiene de manera contumaz el padre Bruno se les podrían aplicar varias consideraciones tanto desde la filosofía como desde la teología. Algunos han pretendido que quizá se pudiera establecer vínculo de unión entre ambas mediante las doctrinas que promueven una cierta concordancia entre los pareceres de la filosofía y las razones de la teología, pero estas propuestas han de ser rechazadas, como en tantas otras ocasiones, por pecar de menoscabo a la auténtica religión como por provenir de las ya declaradas heréticas doctrinas de Averroes, filósofo que en gran manera se desvió de la recta doctrina, de la que él, por otra parte, no tenía mayor obligación en virtud de su fe musulmana, pero sí el tal Sigerio de Brabante, tanto más culpable cuanto que la suya debiera de haber sido siempre la recta doctrina. No se puede dudar de esta razón: la Biblia tiene como cualidad insita la inerrancia, y por ello cualquier contradicción formal o interpretativa debe rechazarse con firmeza.

De sus doctrinas, la más alejada de la fe es aquella que sostiene la infinitud del universo o, incluso, como afirma Bruno, de los universos, siendo estos infinitos tanto en cantidad como en tiempo como en su extensión. Y, según sus propias palabras, esto implicaría la existencia de infinitos Cristos que efectuaran infinitas redenciones..., algo que ya bordea, no la herejía, sino la locura. Si procediéramos lógicamente de la misma manera, llegaríamos al caos y la inexistencia de la primera causa, que supondría la inexistencia de la segunda y de la tercera y de todo a la postre, como si no bastara dudar de la propia acción divina tan sutil y nítidamente descrita en el Génesis en sus primeras palabras.

No cabe infinitud de universos ni en el espacio ni en el tiempo. No cabe en el espacio porque la voluntad divina es patente según lo expuesto en el Génesis de crear un mundo para su mayor gloria, dentro del cual se recrearan sus maravillas y entre todas ellas el hombre, para que cual fue dispuesta la creación entera, en tanto que a éste lo creó a imagen suya, como pastor y administrador de su obra. ¿Podríamos suponer una infinitud de creaciones de hombres, infinitos hombres igualmente

creados, que de manera infinita cayeran en el pecado inducidos por infinitos enemigos de Dios? Más aún, ¿podríamos suponer que Dios ve constreñida su omnipotencia a la cualidad infinita del universo sin poder crear solo uno si tal fuera su voluntad?

No cabe en el tiempo, porque por más que pudiéramos afirmar, como hace el Angélico que su creación también se llega a figurar *ab aeterno*, no así el final, que prefigurado en el libro de la Revelación será fijado en día y hora, y allí pasarán unos a la derecha del Padre y otros al fuego eterno. Si tanto el premio como el castigo están fijados, pesados y medidos, ha de alcanzar la retribución según los merecimientos y la gracia a un número fijo de hombres, de tiempos y de espacios. Únicamente la gloria y el castigo durarán toda la eternidad, para felicidad sempiterna de unos y castigo inenarrable de otros.

Pero siendo estas doctrinas heréticas y gravemente contrarias a la recta consideración de la naturaleza de la creación, de la providencia y de la acción divina, no me parecen las más graves en orden a la salvación del pueblo cristiano. Estas doctrinas quedan, en el mayor de los casos, a la consideración de los entendidos y peritos en materias difíciles. Pero a ellas han de añadirse otras referentes a la vida práctica que no se pueden pasar por alto, tanto más cuanto que el padre Bruno ha adquirido notoria fama de sabio. La religión no es cosa que se haya de ausentar de algún ámbito de la vida, ni siquiera del mundo especular del filósofo. El pueblo cristiano, la grey que espera de sus pastores una guía firme y clara para el camino hacia la bienaventuranza, no puede ser confundida. El pastor no dejará a ninguna oveja, ni siquiera aquella que débil o torpe se pierda o atrase del camino del rebaño. El buen pastor vuelve a por ella y se alegra de encontrarla. Cuánto más de quienes promovidos por un exagerado uso de su inteligencia naturalmente proveída por Dios nuestro criador, pretenden que haya excepciones a la cura de almas, por más que sean mentes claras y, como vamos viendo, tantas veces equivocados en su soberbia.

El fuego, aunque dura medicina, cauteriza y purifica las almas y así, de alguna manera, las prepara para el encuentro con su creador, a la infinita bondad del cual han de ser encomendadas.

(Roberto Belarmino, Inquisidor)

¿Qué razones tuve? Yo mismo las busco todavía hoy. Pero bien sé que no las hubo, salvo el enfado porque no me enseñara lo que quise y una especie de desasosiego cuando estaba con él. A veces no hay más razones que la propia envidia.

Bruno era de fácil trato, buen conversador, amable, pero... no podía evitarlo, volvía siempre a los temas que le preocupaban, de manera constante... como indagando cada vez en un aspecto nuevo, en una nueva ordenación de las cosas y yo..., y yo en ocasiones no podía seguirle, me perdía en sus elucubraciones, en sus razones. Bruno me hacía ver constantemente mis límites. En cierta ocasión le había llevado a ver unos caballos que acababa de adquirir, hermosos y carísimos ejemplares a los que había buscado durante mucho tiempo. Los miró por compromiso, como se mira un regalo que ni esperaste ni te gusta. Yo podía pagarle y mantenerle, pero no podía hablar con él.

Por otra parte, un noble ha de atender a ciertas consideraciones no siempre fáciles de pasar por alto, presiones, insinuaciones, requerimientos. Y no siempre se encuentra uno libre de culpa... La mía fue descubierta por los espías del Papa y así que la supieron, apenas en dos días tenía en mis aposentos a un enviado que no tuvo sino que recordar ciertas palabras para que yo atendiera su requerimiento. Uno tiene que velar por su piel antes que por otro, sobre todo por alguien del que no se está muy seguro respecto a su propia cordura.

Un príncipe, un noble, quien de una u otra manera tiene cargos de responsabilidad y confianza; de quien dependen no solo su propia persona, sino otras vidas y haciendas, solo ha de tener un propósito y preocupación: poder. Sí, poder

permanecer en su lugar frente a asechanzas e intrigas; poder salvaguardar su propiedad, la de sus vasallos, la de su familia; poder vivir en la propia manera en que uno quiere; poder seguir vivo...

Cuando un visionario se defiende a sí mismo o se pone en peligro, al fin y al cabo, a él solo compete..., en mi caso... toda una familia podía quedar marcada por el deshonor, el desprecio, cuando no la asechanza o el asesinato. El poder, sus aledaños, el simple aroma de poder mueve las voluntades y las mentes con más fuerza que cualquier otra apetencia humana. El dinero, del que tanto se habla, no es más que un medio para conseguir poder, como la religión, como la sabiduría.

(Giovanni Moncenigo, traidor)

De las muchas decisiones que Nos tenemos obligación de determinar y ejecutar, pocas nos han causado tanto desasosiego como la que atañe a la persona y obras del padre Giordano Bruno, de Nola. Si se nos preguntara el porqué... tendríamos serios problemas para responder, tal como enseña San Agustín: *Si nemo ex me quaerat scio, si quaerenti explicare velim nescio (Conf 11,17)*. Aunque pueda parecer lo contrario, es difícil encontrar asuntos en los que haya absoluta claridad en sus extremos y fines, de manera que la decisión que se haya que tomar sobre ellos pueda evacuarse de manera clara y sin dudas. Los asuntos humanos suelen resultar complejos incluso para quienes los iniciaron de buena o mala fe.

En las doctrinas del padre Bruno se mezclan observaciones de una cierta calidad científica, algunas otras que más parecen disputables opiniones filosóficas, otras de calidad eminentemente teológica, y, dentro de ésta de contenido ciertamente herético o cuando menos dudoso en la integridad de sus postulados, y otras que se incluirían en los productos fantásticos o incluso delirios de una mente que tiende a salirse de sus límites.

Siendo así, Nos, en defensa de la auténtica religión y por prevenir que mentes más débiles o más dadas o proclives al extravío pudieran ser amenazadas por la tentación de esos pensamientos expuestos, por otra parte, con la brillantez de un escritor notable, capaz de presentar sus ideas de manera atrayente, nos vimos en la necesidad de atender a su causa y de imponer las sanciones y cargas correspondientes a lo que la recta doctrina y la sanidad de costumbres impone para preservar la defensa de la cristiandad.

Por otra parte, "Bruno defenderá, al igual que todos los copernicanos, que la religión debe ser entendida como una ley destinada al gobierno de las masas incapaces de regirse por la razón y es por ello que los buenos teólogos no deben entrometerse en la vida de los filósofos, del mismo modo que los filósofos deberán respetar el trabajo de los teólogos en su tarea de gobierno de las masas populares. La función de la religión es, según Bruno, meramente civil. (Wikipedia)." Esta última consideración no puede por menos de ser enérgicamente rechazada por Nos y por todo aquel que atienda con cuidado y devoción a los dictados que para su Iglesia el propio Jesucristo ordenó, como para quienes tengan a esta como guía de sus pasos, Dado que la ley natural y la eclesiástica afecta por iguala todos, sean hombres de sabiduría o la humilde grege que labora la tierra. En el ámbito de la religión todos son hijos de Dios.

Si bien es cierto que la guía de almas compete directamente a la Iglesia, debemos decir, y decimos que, siguiendo la doctrina del doctor angélico, también es misión suya trazar el correcto rumbo a la nave del estado, para que de esa manera se alcancen los fines que para eso mismo la voluntad divina dejó encargados a Pedro. Y no solo afecta esta consideración a los asuntos humanos referentes a la política, sino también, y muy especialmente, a aquellos que tocan al pensamiento y a la guía del conocimiento de las cosas.

La humana vanidad se acrisola y ejerce especialmente en la futilidad del conocimiento. De ahí proceden los más grandes extravíos del hombre. El pecado primero estuvo vinculado al árbol del bien y del mal, al conocer, por encima de las posibilidades humanas aquello que, por su naturaleza y efectos, debía estar reservado únicamente a la mente divina. La humana vanidad se llena e hincha con un orgullo especialmente difícil y arisco al verse aupada sobre su propia capacidad y al desentrañar alguno de los misterios que la providencia divina instituyó que quedaran ocultos por mejor apacentamiento del género humano.

Por ello, el filósofo, más si cabe, debe permanecer siempre atento a la doctrina con que la madre Iglesia le provee para una mejor dirección de sus investigaciones, que nunca deben ir más allá de donde procura la prudencia humana y que debe ser establecida por los principios de la sana doctrina y la recta razón a ella sometida. La autonomía de la razón, desligada en absoluto de la guía de la fe, es doctrina que procede de graves errores o de sabios ajenos a nuestra religión. Por eso no debe ser tolerada. Tanto más cuanto que puede inducir a error a otros filósofos que investigan con honradez y piedad los principios de la naturaleza y la voluntad de Dios expresada en ellos.

Sin embargo... En los escritos y las palabras del padre Bruno no dejamos de apreciar una intensa y honda religiosidad. En algunas ocasiones parece que su desmesura se debe a alguna especie de arrebató místico que lo eleva por encima de sus posibilidades, incluso que lo transporta en mentalidad de poeta más que de filósofo. Sin desdeñar sus errores, que en efecto han de ser corregidos, alienta en sus escritos un profundo e intenso aleteo... Condenamos en virtud de la santa autoridad que nos fue conferida para salvaguarda de la fe y las costumbres, sin embargo...

(Clemente VIII, Papa)

Giordano Bruno fue quemado en el Campo dei Fiori de Roma el 17 de febrero de 1600.